

Capítulo 1

VIGILAR: LA DELINCUENCIA COMO OBSERVATORIO POLÍTICO

¿A qué se llama vigilar? Un «medio de obtener el poder, un poder de la mente sobre la mente, en cuantía hasta entonces sin precedente», contesta Jeremy Bentham (1748-1832) en una obra publicada en 1791, en Londres, con el título de *Panopticon*, y que la Asamblea Nacional francesa se apresura a publicar ese mismo año en París, en plena Revolución.¹ Fundador del utilitarismo jurídico y autor de varios proyectos de reforma penitenciaria, el filósofo inglés formaliza el concepto de panóptico en la prolongación de su teoría pragmática del derecho penal como derecho a castigar. El *panopticon* es esa figura arquitectónica en la que desde un punto central, una torre, el vigilante puede controlar con plena visibilidad todo el círculo del edificio dividido en alvéolos, mientras que los vigilados, alojados en celdas individuales, separadas unas de otras, son vistos sin ver a quien los observa. Este modo de organización espacial está en la base de un proyecto global de sociedad, una suerte de utopía. De hecho, Bentham piensa que este modelo ideal puede aplicarse, sin excepción, a todos los establecimientos cuya función es la de «mantener bajo inspección a un cierto número de personas». No sólo a la institución carcelaria, sino también a otros lugares de encerramiento, como la escuela, el orfanato, la fábrica, el asilo, el hospital o el cuartel. «La moral reformada, la salud conservada, la industria vigorizada, la instrucción difundida, las cargas públicas aligeradas... Todo esto mediante una sencilla idea de arquitectura», afirma rotundamente al principio de su obra. Un medio menos dispendioso para el Estado, en la medida en que necesita menos guardianes y en

1. Bentham, J., 1995, págs. 29-95.

[Las referencias onomásticas y/o cronológicas de las notas a pie de página remiten a la bibliografía general que figura al final del libro; los números de página indicados son los de las fuentes consultadas por el autor, no los de las obras traducidas, en su caso, al castellano, salvo originales en esta lengua, referencia implícita o mención expresa] (*N. del t.*).

que aquellos que resultan indispensables pueden contratarse (*contract management*). En la realidad, ninguno de los proyectos de Bentham verá la luz. En todo caso, ciertamente, nunca como los había imaginado.²

La génesis de la sociedad de vigilancia es lo que Michel Foucault pone de relieve en 1975 en su obra *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. El panóptico, expone, constituye el paradigma de la sociedad disciplinaria, el «subsuelo profundo y sólido del que seguimos dependiendo».³ La sociedad anterior, llamada de soberanía, se ejercía dentro de los límites de un territorio. La disciplina, en cambio, se ejerce sobre el cuerpo de los individuos, con su connivencia, puesto que aquellos y aquellas que están sometidos a ella «están atrapados en una situación de poder de la que ellos mismos son portadores». Son uno de los eslabones de la máquina disciplinaria. Este desbloqueo tecnológico de la productividad del poder que inscribe la normalización social en el interior del individuo se preparó entre bastidores a partir de los siglos XVII-XVIII. Es lo que también demuestra el sociólogo Norbert Elias, que reconstruye la evolución de las «costumbres de la civilización occidental», no desde la cárcel, sino desde las modificaciones de las relaciones sexuales, de las maneras de comportarse en la mesa o de la agresividad. El resultado del «flujo y reflujo de condicionantes externos e internos» ha desembocado progresivamente en el «reforzamiento de la dependencia y la servidumbre que se traducen en una reglamentación y restricción de la vida afectiva, mediante cualquier forma de *self-control* o, lo que es lo mismo, mediante *autocoacciones*».⁴ La *racionalización*, escribe, «no es sino uno de los aspectos de una transformación que engloba toda la economía psíquica del hombre, el control de las pulsiones, no menos que el control del yo y del superyó». El motor de esta transformación del autocontrol psíquico no es «más que el conjunto de los condicionantes de interdependencia, de los reagrupamientos de las interrelaciones humanas, del tejido social, toda vez que los cambios siempre se producen en un sentido determinado».⁵

2. Evans, R., 1971.

3. Foucault, M., 1975, pág. 203.

4. Elias, N., 1973, pág. 271.

5. Elias, N., 1975, págs. 309-310.

VIGILANCIA/SEGURIDAD: DOS CONCEPTOS, UNA SOCIEDAD

Desde la visión panóptica centrada en la vigilancia como adiestramiento del cuerpo para lograr la educación del alma, Foucault se desliza hacia otro paradigma, la «biopolítica» y su proyecto de «sociedad de seguridad».⁶ Un proyecto que se confunde con el del liberalismo, esa doctrina cuyas bases sientan, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, Adam Smith, paladín de la Ilustración escocesa, y François Quesnay, jefe de filas de la escuela fisiocrática. El primero, al elaborar una teoría sobre el mercado como pivote de una futura «República mercantil universal» (*laissez faire, laissez passer*) el segundo a través de una teoría sobre el «dejar hacer, dejar pasar» en el marco de un despotismo ilustrado. Con el proyecto de sociedad liberal aparece un nuevo arte de gobernar, una nueva racionalidad gubernamental, que tiene en cuenta a la masa, la especie humana, la multiplicidad, el «público», es decir, la «población tomada desde el lado de sus opiniones, formas de hacer, comportamientos, hábitos, temores, prejuicios, exigencias, todo aquello sobre lo que se puede influir mediante la educación, las campañas, las convicciones».⁷ A diferencia de la sociedad disciplinaria, que se ejerce sobre los cuerpos, la sociedad de seguridad se ejerce sobre el conjunto de la sociedad, la «vida de los hombres» (en contraste con el poder sobre la muerte que caracterizaba la prerrogativa del soberano). La primera es centrípeta; el individuo, encerrado en su alvéolo, que es visto pero que no ve, es «objeto de una información, jamás sujeto en una comunicación», insiste Foucault en *Vigilar y castigar*. La segunda es centrífuga; rompe el aislamiento; su modo de comunicación ensancha el horizonte físico y mental.⁸ El principio del «dejar hacer», en efecto, se coloca al hilo de la utopía de un modo de comunicación de bienes, cuerpos y mensajes situado bajo el signo de la fluidez y la transparencia. Utopía, sí, porque la paradoja de la sociedad de seguridad reside en que, con el paso de las generaciones técnicas, está llamada a liberar las fuerzas virtuales de los flujos de comunicación, al tiempo que no cesa en poner freno a sus virtudes emancipadoras so pretexto de razón de Estado o lógicas de

6. Foucault, M., 2004 (a).

7. Foucault, M., 2004 (b), pág. 77.

8. Mattelart, A., 1994; Mattelart, A., 1999.

mercado. La sociedad de seguridad no elimina a la sociedad disciplinaria. La integra, la completa, sin suprimirla. Ambas se articulan. Cada una a su manera fomenta la producción de un nuevo conocimiento de los individuos como objetivos de una anatomía y una economía de las formas de poder. Cada una tiene sus propios dispositivos, un conjunto heterogéneo de mecanismos que la naturalizan: discursos, instituciones, arquitecturas, técnicas, decisiones reglamentarias, leyes y medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales y filantrópicas.

Alternancia y combinación entre estas dos modalidades de sociedad: así es como puede leerse la historia de la sociedad industrial. La sociedad de disciplina sugiere biotipos. Induce una clasificación que distingue la especie «cuerpos criminales o delincuentes» del resto de los humanos. Crea así unos *Genera Sceleratorum*, del mismo modo que los naturalistas habían ordenado y distribuido por clases las especies vegetales o animales al amparo del principio de un *Systema Naturae* o de unos *Genera Plantarum*. La sociedad de seguridad, a su vez, engendra un saber positivo sobre la reorganización del cuerpo político. Un saber que por principio se sitúa en las antípodas de la filosofía «negativa», opositora, de «legistas» y «literatos», esos «metafísicos» que han contribuido a socavar las bases del Antiguo Régimen y a derribarlo. Pero no a construir los cimientos de uno nuevo. Frente a este pensamiento de la insurrección intelectual, el precursor del positivismo, Claude Henri de Saint-Simon, formula abiertamente, en el primer cuarto del siglo XIX, su plan de reforma científica de la sociedad y del planeta. Una sociedad y un planeta a los que considera un gran organismo estructurado mediante redes materiales y espirituales y, sobre todo, gestionadas como una gran industria gracias a la alianza entre sabios pertenecientes a las ciencias exactas y empresarios. De hecho, una suerte de tecnocracia precursora. «En suma, y a través de la industrialización, la tecnocracia se ha afianzado y ha empezado a expresarse por medio de distintas doctrinas», subrayaba el sociólogo Georges Friedmann, con motivo de un coloquio presidido por Georges Gurvitch y que, en 1948, congregaba a historiadores, filósofos, economistas y sociólogos en torno a la génesis de la tecnocracia. «No está textualmente incluida en Saint-Simon ni entre los sansimonianos, añade, pero la sustancia se encuentra y reencuentra en ellos continuamente. Es el esfuerzo tendente a «sustituir el gobierno de las personas por la administra-

ción de las cosas. [...] “Todo por la industria, todo por ella.” La industria sansimoniana es una categoría idealista y humanista de tecnocracia. Digo idealista y humanista por matizar. Se trata, no obstante, e indiscutiblemente, de una forma de tecnocracia. [...] Por “cosas” entienden los medios de producción, las fábricas... Ahí es donde ven el progreso, y no en las relaciones humanas propiamente dichas, pese a que a menudo hayan pronunciado el bello término de asociación. Pero la asociación en sí, esa asociación de la que depende, en concreto, la ciencia coordinada y creadora, está unida, en su mente, a la ordenación de la materia industrial.»⁹

A lo largo de todo el siglo XIX se diseña el camino hacia doctrinas que preludian la tecnocracia, toda vez que insisten en la organización como construcción de lo real según la racionalidad científica y técnica. Doctrinas que toman las matemáticas por modelo y preparan la «cientificación» tanto de la economía como de la gestión del conjunto de la población.

DEL ARTE DE LOS BIOTIPOS

El cuerpo como indicio. Determinar el isomorfismo entre las formas somáticas y las disposiciones morales. Deducir la personalidad de las medidas del cuerpo. Convertir este objeto de estudio en una ciencia positiva fue ante todo el proyecto de la frenología.¹⁰ La hipótesis de partida, formulada por el fisiólogo vienés de ascendencia italiana Franz Josef Gall (1758-1828), es que en el hombre hay facultades e inclinaciones innatas, alojadas en el cerebro. Como el cráneo, según plantea, no es más que la fiel huella de la superficie exterior del cerebro, mediante la craneoscopia pueden determinarse las funciones cerebrales, en general, y las de sus diversos componentes, en particular. Por consiguiente, inspecciona y palpa los cráneos, hace vaciados, recoge otros desecados. Establece la topografía de sus protuberancias (abultamientos o prominencias) y depresiones. Practica disecciones, extrae órganos, hace autopsias de cerebros. Reconstituye las biografías de sus propietarios. Las cárceles, al igual que los

9. Friedmann, G., 1949, págs. 44-45.

10. Lanteri-Laura, G., 1970.

asilos, hospicios, orfanatos y cuarteles, le proporcionan una reserva experimental natural para identificar predisposiciones e inclinaciones. El hecho de haber iniciado su carrera en Viena, bajo la égida de dos altos funcionarios, prefecto de policía el uno, censor jefe el otro, le abrió las puertas de numerosos establecimientos penitenciarios. Con esta colección de cráneos es con la que desembarca en 1807 en París, donde se instalará e impartirá enseñanzas durante unos veinte años, hasta su muerte.

De sus investigaciones craneoscópicas, Gall deduce la existencia de veintisiete facultades u órganos fundamentales, todos ellos localizables, entre los humanos. Entre los que cabe mencionar, la inclinación al matrimonio y al crimen, el sentimiento de propiedad o la inclinación a abastecerse —del que depende la inclinación al robo—, el órgano del espíritu metafísico y de la mente profunda, el sentimiento de lo justo y lo injusto, la protuberancia de la bondad y la poesía, la facultad de la devoción o la propensión innata a recibir la revelación, la función «firmeza, constancia, perseverancia, obstinación», etc. Gall está persuadido de que la nueva disciplina que funda implicaría repercusiones no sólo para el conocimiento del hombre en sí, sino también para la investigación médica, la moral, la educación y la legislación. Llegado el momento de las reformas penales, sus discípulos serán llamados a participar en ellas muy de cerca.

Antes que la frenología fue la fisiognomía, que obtuvo un éxito mundano durante la segunda mitad del siglo XVIII. El pastor zuriqués Johann Kaspar Lavater (1741-1801), teólogo apasionado por el ocultismo, había intentado, sin por ello cargar con los protocolos de la ciencia, sondear la «interioridad del individuo por el exterior», el «alma por el cuerpo», el «contenido por la superficie», lo «visible por lo invisible». Y, concretamente, «escudriñando», inventariando las formas y expresiones del rostro al que consideraba un dato intangible. Estas codificaciones harán las delicias, durante el siglo siguiente, de escritores y artistas. Balzac se inspira en ellas para *La comedia humana*. Los inventores del lenguaje del apunte, del dibujo de humor y de las historias en estampas —antepasados de la «historieta»— encuentran en ellas una forma de bosquejar, con pocas líneas y pocos trazos, un tipo social, así como la prueba del poder cómico de la imagen. Así ocurre con el suizo Rodolphe Töpffer, autor de su propio tratado de fisiognomía, publicado en 1845, en el que

polemiza con las tesis de Lavater sobre la «intangibilidad» del rostro.¹¹

La obra frenológica franquea el paso desde la fisiognomía a la antropometría. Pero debido a sus excesos, según observa Georges Lanteri-Laura, que ha reconstruido la historia de este movimiento de reflexiones e investigaciones sobre el cerebro y el cráneo, el prototípico proyecto de Gall, mal fundamentado y prematuro, consistente en basar un conocimiento del hombre moral en el del hombre físico, significa que «cualquier tentativa de instaurar un conocimiento del hombre expone la mente a ciertos riesgos, entre los que figura el de pinchar en hueso».¹² A lo largo de este intento, el primero de todos, por elaborar un conocimiento de la totalidad del hombre desde una parte de su cuerpo, se perfila el futuro designio de toda la «biotipología».

LA ANTROPOMETRÍA: DEL CUERPO MENSURADO AL CUERPO POLÍTICO

Lo que el siglo XIX agrupa bajo la denominación de «antropometría» dimana de las primeras formalizaciones de la demografía o ciencia del estado de la población y sus flujos. Su inventor es el astrónomo y matemático belga Adolphe Quételet (1796-1874), apóstol y artífice de la institucionalización de los censos y de los sistemas estadísticos nacionales e internacionales. Sus métodos de análisis y previsión de flujos así como sus técnicas de medición del cuerpo participan de un saber que prefigura un arte nuevo de gobernar, un nuevo tipo de Estado. Su obra de referencia se publica en 1835 con el título de *Sur l'homme et le développement de ses facultés ou essai de physique sociale* (Sobre el hombre y el desarrollo de sus facultades o ensayo de física social).¹³ Sus investigaciones anteriores han versado principalmente sobre las «leyes de los nacimientos y la mortalidad». En 1834, la voz «normalizado» está documentada en la lengua francesa, observa Georges Canguilhem: «Entre 1759, fecha de aparición del término “normal”, y 1834, fecha de aparición del término “normalizado”, una clase normativa ha conquistado el poder de identificar —buen ejemplo de ilusión ideoló-

11. Töpffer, R., 1943-1945.

12. Lanteri-Laura, G., *op. cit.*, pág. 235.

13. Quételet, A., 1835.

gica— la función de las normas sociales con el uso que ella misma hacía de aquellas cuyo contenido determinaba». ¹⁴ De lo social a lo vital y recíprocamente. La apropiación de los conceptos «normal» y «patológico» por parte de los proyectos de observación de la sociedad significa en el plano epistemológico la importancia adquirida por la iniciativa médica en la reflexión sobre el cuerpo social. «Normal es el término mediante el cual el siglo XIX designará el prototipo escolar y el estado de salud orgánico [...] Reforma hospitalaria y reforma pedagógica expresan ambas una exigencia de racionalización que también surge en la política, igual que surge en la economía bajo el efecto del incipiente maquinismo industrial, y que por último desemboca en lo que desde entonces se llamará normalización.» ¹⁵ El proyecto orientado por la «intención normativa» lleva a que la indisociable trilogía delincuencia/polición/prisión funcione como un observatorio político desde el que se controla el conjunto del campo social. El primer sistema policial de fichas o boletines individuales de localización e identificación de criminales aparece en Francia en 1833, según advierte Foucault. Y, durante el período que va de 1830 a 1860, las sociedades industriales acreditan un considerable interés por los estudios del crimen a escala territorial y regional, así como por la cartografía de los fenómenos que se salen de la norma. ¹⁶

Con Quételet se instaura la idea de que sólo la objetivación de la sociedad mediante la consideración masiva de los individuos, unidos en un todo, proporciona un principio de acción y está en condiciones de engendrar un nuevo tipo de vínculo social. Al aplicar el cálculo de probabilidades a los hechos sociales, transforma en tecnología política la tecnología del riesgo, cuyos inicios se remontan al siglo XVII en el ámbito de los seguros privados (incendios, transportes marítimos, inundaciones, etc.). Estudia en una multitud de individuos la diversidad de los caracteres físicos, fácilmente mensurables. Por debajo de estas variaciones busca una unidad y empieza por la talla. Diseña el histograma o construcción gráfica de frecuencias de esas tallas distribuidas por franjas. Prosigue con otros atributos físicos: brazos y piernas, cráneos, pesos. De todo ello deduce una ley matemática que cristaliza en la noción

14. Canguilhem, G., 1994, págs. 182-183.

15. *Ibid.*, pág. 175.

16. Véase, por ejemplo, Levin, Y. y Lindesmith, A., 1961, pág. 14.

de «hombre medio»: según él, existe una tendencia central, un «tipo», un «módulo» respecto del que las desviaciones sólo pueden explicarse en virtud de un accidente que verifique las leyes del azar. La existencia de una media en torno a la que se distribuyen las mediciones individuales es el signo de una regularidad inscrita en las leyes de la naturaleza que, para él, equivale a norma divina. Esta regularidad, válida para los caracteres físicos, es extrapolable a los caracteres morales. Conforme observa el historiador de la razón estadística aplicada a la «política de los grandes números», Alain Desrosières: «La comparación, referida a masas y no a casos singulares, de ambos tipos de regularidades, unas en atributos físicos, otras en caracteres morales, permite concluir el razonamiento: las decisiones de tipo moral son las manifestaciones de *propensiones* aleatoriamente distribuidas en torno a tipos medios, cuya agrupación conforma los atributos morales del hombre medio, ideal querido por el Creador, símbolo de perfección».¹⁷ De la ciencia de la medición del cuerpo humano, el especialista de la estadística moral deriva un conocimiento útil para el cuerpo político, un modo de gobierno basado en la existencia de leyes generales de tipo probabilista que rigen los «hechos sociales». Las «fuerzas perturbadoras» que ponen en peligro la estabilidad del sistema social se identifican en relación con el hombre medio, erigido en su «valor central». Quételet inventaría y cartografía los flujos judiciales y los cruza con los movimientos demográficos. Confecciona tablas de criminalidad. Calcula la propensión al crimen o al suicidio, la mayor o menor probabilidad de cometer un crimen según las estaciones, el clima, el sexo, la edad, la región, el grupo social. De esta contabilidad vital extrae para los legisladores un «presupuesto de crímenes» que los ayuda a adoptar las medidas necesarias para restablecer el equilibrio del todo.

«El contrato social ha de convertirse en un contrato de seguro y el Estado en una sociedad de ahorro colectivo y de seguro mutuo.»¹⁸ Al contraer cada individuo una deuda social, unos y otros se obligan y reciben tanto como aportan. Así es como Émile de Girardin, fundador de *La Presse* (1836), declina la razón probabilista como herramienta de una «política universal». Para procurar que cada ciudadano cumpla

17. Desrosières, A., 1993, pág. 99.

18. Véase la entrada «Assurance» en el *Grand dictionnaire universel*, vol. 1, 1865, pág. 819.

con estas obligaciones de nuevo cuño, este publicista, que fue el primero en Francia en pedir que los anuncios «paguen el periódico» y en difundir la fórmula de la novela por entregas para alcanzar grandes tiradas, propone que se provea a cada ciudadano desde su nacimiento de una cartilla o «inscripción vital» en la que figuraría su «balance individual». Un medio de rastreo que permitiría evaluar el grado de implicación de cada uno y cada una, como individuo e individual parte de un todo. Este documento de identificación vitalicio serviría, a la vez, de póliza de seguro, partida de nacimiento, pasaporte, cartilla electoral y libro de familia.

Entre las líneas de los proyectos de implantación de la «sociedad actuarial» trasluce la idea de Estado-Providencia con su sistema de seguros sociales a todo riesgo que no verá la luz hasta finales del siglo XIX, tal y como lo ha demostrado François Ewald al trazar su genealogía desde una perspectiva foucaultiana.¹⁹ Pero también se transparenta un proyecto de arquitectura de las relaciones internacionales mediante la constitución de una «gran comunidad de naciones». Porque si bien el principio de la seguridad mutua está en la base de la paz social en el plano de la nación, también lo está en el plano mundial toda vez que se considera garante del retroceso de la «paz armada», del desarme generalizado.

LA FOTOGRAFÍA JUDICIAL

El proyecto de la «cartilla vital» individual de Girardin permanecerá en los cajones de las utopías sociales. Otras formas de identificación sugeridas por las investigaciones sobre la tecnología del riesgo se le adelantarán. En 1871, Quételet publica su *Anthropométrie ou mesure des différentes facultés de l'homme* (Antropometría o medida de las distintas facultades del hombre).²⁰ Este tratado sobre las normas morfológicas del individuo abre la vía a la ciencia positiva de la identificación individual. El personaje que establece la unión entre la teoría del demógrafo belga y sus posibles aplicaciones prácticas es Alphonse Bertillon, el artífice de la policía científica. «Quételet fue el primero en

19. Ewald, F., 1986.

20. Quételet, A., 1871.

demostrar —explica un magistrado de la fiscalía a los participantes en el tercer Congreso internacional de antropología criminal celebrado en Bruselas en 1892— que ciertas reglas matemáticas determinaban el misterioso reparto de las formas y la distribución de las dimensiones en la naturaleza [...]. La aplicación, muy ingeniosa y eminentemente útil, de los principios científicos de la antropometría en la búsqueda y reconstrucción de la identidad de los malhechores es obra de un sabio francés, tan modesto como meritorio, D. Alphonse Bertillon, jefe del servicio de identificación del calabozo de la prefectura de policía, hijo del llorado profesor de demografía en la Escuela de antropología.»²¹ Hay que tener en cuenta que el objeto del primer estudio de Alphonse Bertillon son las «razas salvajes», una problemática clave de la escuela de antropología física fundada por Paul Broca. En 1882, Bertillon crea este servicio de identificación en el que venía pensando desde 1879. Entonces es cuando instaura la práctica del retrato de frente y de perfil (lado derecho) del delincuente.²² En aquella época numerosos científicos recurren a la herramienta fotográfica para llevar a cabo sus experimentos. Albert Londe la aplica a los locos del hospital de la Salpêtrière para catalogar los síntomas de una enfermedad mental; Étienne Jules Marey, a los cobayas de su estación fisiológica para medir las cadencias del motor humano, primicias de la invención de la imagen animada.

El Ministerio del Interior no autorizará el uso de la fotografía para identificar a los detenidos antes de 1872. Hasta entonces, estaba prohibido, incluso en el recinto de las prisiones, so pretexto de que tal medida supondría para los detenidos un «agravante de la pena no previsto por la ley y un medio más para impedir cualquier retorno al bien». La ola de represión que sigue a la Comuna de París (1871) marca el inicio de un cambio. Una circular de la administración penitenciaria decreta que «todos los presos civiles» y especialmente los individuos condenados por hechos insurreccionales deben ser fotografiados. Así, se ficha a miles de presos, hombres y mujeres. Bertillon aprovechará ese archivo para realizar una minuciosa codificación. No obstante, por ra-

21. De Ryckere, M., «Le signalement anthropométrique» en *Actes du troisième Congrès international d'anthropologie criminelle, Bruxelles, août 1892*, Bruselas, F. Hayez, 1893, pág. 97.

22. Bertillon, A., 1890.

zonas de coste y de lentitud técnica, Bertillon abandona la fotografía sistemática hacia 1885. La fiabilidad del procedimiento exigía, según el manual *Identification anthropométrique. Indications signalétiques* (Identificación antropométrica. Indicaciones descriptivas), que redacta para los técnicos de la policía, el mismo estudio, los mismos fotógrafos, el mismo aparato, la misma luz y, en la medida de lo posible, la misma hora durante la mañana. Pero ya en 1885 confiesa ante sus colegas, asistentes al Segundo Congreso Penitenciario que tiene lugar en Roma: «La fotografía es de escasa ayuda. Se requiere una gran familiaridad con la fisonomía humana para encontrar en muchas de ellas la identidad de un mismo sujeto en sus distintos arrestos [...]. La fotografía es de poca ayuda y no es más que un medio de control».²³ En cambio, Bertillon cree en el «retrato hablado» de su invención. Una descripción legible del individuo, hecha con signos convencionales y abreviados, de forma que pueda transmitirse a distancia.

El método, conocido como «bertillonaje», nombre con el que se internacionalizará, es sobre todo la ficha de descripciones antropométricas, la «ficha parisiense», en la que quedan registradas las mediciones de ciertas partes del cuerpo. Siete al principio. Luego once. La longitud de la cabeza, el ancho, el diámetro bizigomático (entre los pómulos), la altura de la oreja derecha, la longitud del pie izquierdo, las del dedo medio y meñique izquierdos, el codo izquierdo; por último, la talla, el busto (tamaño del sujeto sentado) y la envergadura. Mediciones todas ellas efectuadas mediante instrumentos diseñados a tal fin: un compás de espesor y otros dos de corredera. La colorimetría del iris completa el examen del rostro. Un cuadro con siete categorías detalla los «grados de intensidad de su pigmentación». Las fichas descriptivas están centralizadas en el Ministerio del Interior en un fichero de dos entradas, por la talla del individuo y por orden alfabético.

Aunque los inventores de los biotipos fisiognómicos y frenológicos han tenido sus ideas fijas, fuente de muchos desatinos, el inventor de la policía científica también tuvo las suyas. En su obra más importante, *La Photographie judiciaire* (La fotografía judicial), plantea la creación de un método de identificación infalible, a partir de los «valles y colinas que surcan la oreja», y la incorporación de esta señal de reconocimiento en los Registros civiles, desde el nacimiento. Por otra parte,

23. Bertillon, A., 1887.

Bertillon también es experto en grafología. En calidad de tal, será testigo de cargo durante el proceso, sesgado por el antisemitismo, de Alfred Dreyfus. Autenticará la falsificación que permitirá que la justicia condene al capitán francés por alta traición.

LA HUELLA DIGITAL O LA INVENCION DEL IDEAL MATEMÁTICO DE LA IDENTIDAD

Encontrar el «nombre individual matemático y absoluto» que supla la incompletitud del apellido heredado al nacer. Esta idea se adueña del argentino Juan Vucetich, emigrado a la edad de 24 años de la parte croata del Imperio austrohúngaro y jefe de estadística de la policía de la ciudad de La Plata, en Argentina. En 1891, experimenta el sistema dactiloscópico. Por aquel entonces, el sistema de Bertillon llevaba funcionando unos diez años y Argentina había sido el primer país en adoptarlo por decreto. Pero el uso oficial de la descripción antropométrica plantea problemas en cuanto a su fiabilidad, porque la inalterabilidad de las mediciones registradas sólo adquiere validez una vez que concluye el crecimiento del individuo. No ocurre así con la dactiloscopia. La variedad, infinita e individual, del dibujo digital es inmutable desde el nacimiento. Los anatomistas lo saben bien. Y sobre todo después de las investigaciones del checo Jan Evangelista Purkinje, que en 1823 logró clasificarlos y agruparlos. En suma, encontró la clave de su diversidad gráfica. Pero la problemática judicial del dibujo digital no empezó a surgir hasta finales de la década de 1880. Lo que la encarrila son los dos informes sobre el método de indexación de las marcas de los dedos, elaborados por Francis Galton y publicados entre 1889 y 1891. Contienen un primer análisis y una clasificación de las huellas digitales, a partir de una muestra proporcionada por John W. Herschell, alto funcionario de la administración civil inglesa en Bengala, que durante unas cuatro décadas utilizó sistemáticamente la huella del pulgar de los indígenas para autenticar las actas públicas. El interés de Galton por la vertiente judicial de la investigación en materia de dibujos digitales, no obstante, es secundario, ya que sobre todo es, desde 1860, el precursor del eugenismo. Sus trabajos sobre el «genio hereditario» que generalizan los procedimientos antropométricos de Quételet pretenden demostrar, al amparo del cálculo de correlaciones, que la aris-

tocracia es el fruto lógico de la selección natural. A lo que llega catalogando los ficheros de las familias de «grandes hombres». Por otra parte, un interrogante de similar naturaleza sobre las posibilidades de control de las características raciales, físicas y mentales de los individuos lo ha conducido a realizar las primeras fotografías compuestas, esas imágenes de rostros ensanchados o estrechados, deformados en una composición craneofacial arbitraria. La deuda que la historia de la modernización de la policía judicial tiene contraída con él es la invención de un criterio de clasificación de las huellas. Su defecto es que no resuelve la cuestión de la catalogación de las fichas obtenidas de forma que puedan servir con fines de identificación pública, es decir, en cantidad infinita. Su método de los *Finger-Prints* resulta tan complicado que la comisión del Gobierno británico encargada de evaluarlo concluye que sólo es «apto para una pequeña colección de fichas».²⁴ Y, de hecho, Scotland Yard escogerá otro método.

Sistematizar los dibujos digitales, construir un auténtico casillero, compuesto por dos armarios de 160 casillas cada uno en el que se recogen las huellas, eso es lo que imagina Vucetich. Y a tal fin simplifica la clasificación, reduciendo el número de tipos fundamentales. Así es como el informe de la Academia de Ciencias de París, solicitado por el ministro de Justicia, que le pide un dictamen sobre los valores del método, describía este sistema en 1907: «El procedimiento sólo considera cuatro formas [Galton, cuarenta y una] muy fáciles de distinguir y dentro de cada uno de los dibujos digitales seis clases de particularidades o puntos característicos. La división primaria en serie está formada por los dibujos de la mano derecha; las divisiones secundarias o secciones por los de la mano izquierda. La primera subdivisión dentro de la serie viene determinada por el pulgar [las siguientes por los restantes dedos, según su orden de sucesión, desde el índice hasta el meñique]. Los grupos secundarios también se forman de manera sencilla». El veredicto de la comisión es inapelable: «En todos los países que lo han adoptado, el sistema Vucetich ha demostrado su superioridad respecto del método antropométrico; en principio subordinado a éste, y luego utilizado conjuntamente, pronto lo destronó».²⁵ En un primer

24. Galton, F., 1895, pág. XIII.

25. D'Arsonval, A., y otros, *Comptes rendus des séances de l'Académie des sciences*, t. CXLV, París, Académie des sciences, 1 de julio de 1907, pág. 28 y sigs.

momento, Bertillon se resiste a admitir que las líneas papilares de los dedos presentan suficiente variabilidad como para servir de base a un repertorio de centenares de millares de casos. Aunque consiente en incorporar este dato a su propio sistema, únicamente lo considera un elemento de control de la mensuración antropométrica, que sigue siendo la piedra angular de su enfoque del delincuente.

DEFENSA SOCIAL: SEGURIDAD E IDENTIFICACIÓN BIOMÉTRICA PRECOZ

Dar con una firma corporal sin temor a su falsificación, tal es el común objetivo de los proyectos antropométrico y dactiloscópico. Se trata de impedir el fraude, de que los reincidentes no adopten otra identidad y de que la homonimia no envíe a un inocente a prisión. Pero más allá del discurso para uso judicial, hay otro dirigido al conjunto de la ciudadanía. Desde los primeros usos de las técnicas biométricas con fines policiales, ha germinado la idea de su extensión a las masas. En 1885, en el Segundo Congreso Penitenciario Internacional de Roma, el director de instituciones carcelarias del Ministerio de Justicia francés aboga en favor de la instauración de una «tarjeta personal», de un «certificado vital», para todos los habitantes, en el que se consignarían los datos antropométricos individuales. Todo esto acompañado de gran cantidad de argumentos sobre la seguridad que garantizaría este documento de identidad en el supuesto de trámites administrativos, contratos de seguros de vida u operaciones bancarias.²⁶ Siete años más tarde los participantes en el Congreso Internacional de Antropología Criminal de Bruselas formulan el deseo de que «se adopte y generalice en todos los países el sistema de descripciones antropométricas, no sólo para la identificación de los reincidentes, sino también con la finalidad de que pueda comprobarse, cierta y rápidamente, la identidad personal».²⁷ El areópago de científicos aprueba la recomendación por unanimidad, pero ninguna de estas propuestas tendrá efecto alguno. Durante más de un siglo las democracias de los países industrializados han rechazado los proyectos de generalización de la identificación biométrica por temor a atentar contra la vida pri-

26. Herbette, F. L., «Address of M. Herbette», en Bertillon, A., 1887, pág. 28.

27. *Actes du troisième Congrès...*, *op. cit.*, pág. 481.